

Debussy.—*Canción de cuna*, por la orquesta.

Claudio Achille Debussy, el gran impresionista moderno francés que conocemos como el fundador de la Escuela del Impresionismo Musical, es notable, por el colorido exquisito de las combinaciones armónicas que emplea para pintar el cuadro que le sugiere algún motivo musical cualquiera. Esto hace que sus composiciones, que son el producto directo de sus sueños románticos, estén envueltas en una atmósfera de ilusionismo y de fascinación extraordinaria.

Como creador e innovador que fue Debussy, nunca se sometió a molde alguno. De allí que su obra sea estrictamente personal; y para que ésta sea comprendida, por las irradiaciones de belleza y sugestión que de ella se desprenden, es necesario que pasen muchos años; porque el genio de Debussy, como el de otros grandes innovadores del arte musical, se ha adelantado a su época. Influenciado por el Grupo de los Cinco de la Escuela Rusa, este inmortal autor francés, que hizo de la música un arte completamente personal, que evolucionó dentro de él mismo, influenció a su vez a los futuristas rusos que hoy comienzan a descollar en el mundo musical.

Entre los trabajos de Claudio Achille Debussy, que son famosos todos por el intenso grado de personalidad que les ha impreso, descuella por su delicadeza su *Canción de Cuna*, poema de un colorido y de una riqueza de combinaciones armónicas asombrosas. Se inicia esta Canción, que como todas las obras de este género, es estrictamente imitativa, con dos temas musicales pequeños, que se desarrollan sobre dos acompañamientos rítmicos que imitan el balance de la cuna del niño cuando la madre lo mece. Sobre este original acompañamiento se destaca un tema dulcísimo que hace pensar en el canto con que la madre adormece a su hijo, canto que se interrumpe después, para dejar oír un nuevo motivo musical que da la perfecta idea de que en esos momentos, ese ser angélico que con ternura

infinita nos adormece en la niñez eleva su pensamiento hasta el futuro que aún ve incierto e inseguro para su hijo.

La Canción de Cuna de Debussy, el ingenioso cuanto célebre fundador del impresionismo musical, no es más que una apoteosis gloriosa con que el autor quiso pintar ese sacrosanto amor que anida en el corazón de las madres, el que va envuelto casi siempre entre la incertidumbre y la duda que del alma tierna y sensible de ellas se apodera, respecto al porvenir inseguro que le espera a sus hijos.

Verdi.-“Tacea la Noche Plácida.” Romanza

Cantada por la señorita Berta Barañano

El Trovador, ópera del inmortal maestro italiano Guiseppe



Verdi, y cuyo libreto se debe a Salvatore Cammanaro, es indudablemente la adaptación de un drama español del mismo nombre. Su trama no es otra cosa que uno de aquellos pasajes de que está llena la Historia de la Península, que marcan aquel ardor y aquella valentía de los hijos de la tierra hispana, quienes con gusto iban al sacrificio por defender el amor de una dama, y la tierra en donde

vieron la luz del sol. *El Trovador* simboliza la lucha sangrienta de los señores, encarnada en el Señor de Viscaya y el Conde de Luna; la lucha amorosa, entre el Conde de Luna y Manrico (*El Trovador*); y la de razas, entre el mismo Conde de Luna, noble español y *El Trovador* a quien se suponía un gitano.

Esta obra del gran maestro italiano, cuya música es delicadísima y pertenece por su confección a las obras de la Escuela Antigua del *bel canto*, está llena de romanzas encantadoras; porque ella fue hecha especialmente, como todas las obras del arte lírico-dramático antiguo del teatro italiano, para que el cantante luciera toda la belleza de su voz y todo el encanto de su dicción.

Tacea la Notte Placida, es la romanza para soprano, con que el autor inicia el segundo acto de esta monumental obra. Ella no es otra cosa que un canto delicado al amor que siente una mujer por el mancebo que en un acto de heroísmo supo cautivarla. Ella es la confidencia que Leonor, la romántica enamorada, hace a su dama de compañía Inés. En ella le dice de la pasión que siente por Manrico, el joven y gallardo Trovador, que por las noches viene hasta su reja a entonarle coplas divinas de amor; y en ella le habla del entusiasmo que siente su alma, cuyo destino está unido al del Trovador, y de su resolución inquebrantable de vivir y morir para él. *Tacea la Notte Placida*, es el desahogo de un corazón noble que siente las primeras caricias de un amor intenso que viene a culminar con el sacrificio y la muerte en bien de la persona amada. Esta romanza es como el presagio funesto con que se inicia el desarrollo de una tragedia amarga y dolorosa. Por eso ella vivirá aún en medio del arcaísmo en que el correr del tiempo ya la ha envuelto, porque representa un estado psicológico, que aun cuando no igual porque éste depende mucho de las épocas en que se desenvuelve, desde los primeros tiempos de la Humanidad se ha hecho ostensible siempre en todos los seres que, como el hombre, se hallan a un nivel de cultura espiritual superior.

“Granada”, de Francisco Villaespesa

Recitación del profesor Raúl de Roux



¡Granada, Granada!
de tu poderío
ya no resta nada!
Lloran elegías las aguas del río,
y entre sus cristales ya no te reflejas
como una sultana, la sien coronada
de áureos minaretes y torres bermejas.
Ya tus tejedores no entonan cantares,
mientras tus telares
hilan las más ricas y frágiles sedas....
Mudas se quedaron tus alfarerías....
¡Tan sólo las brisas lloran elegías
entre los verdores de tus alamedas!

El agua que en todo su frescor diluye,
es llanto que eterno de tus ojos fluye
llorando la antigua grandeza pasada.
De tu poderío ya no resta nada....
Tu gloria, Granada,
pasó como pasa, bajo el puente, el río!
¡Hoy entre tus muros no hay un alarife
que teja el ensueño de un Generalife
con gemas y perlas y randas de encajes;
ni al marcial estruendo de atambor sonoro,
cruzan por tus plazas los Abencerrajes,
vestidos de plata y armados de oro!
¡Ya las callejuelas de tu Alcaicería
no invade el tumulto ni la algarabía
de hombres que discuten las lenguas extrañas;
ni sueñan princesas tras los alhamíes
ni en Bib-Rhambra quiebran, justando, sus cañas,
gallardos Gomeles y altivos Zegríes!

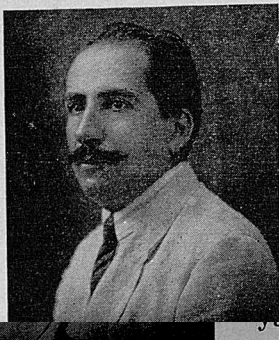
¡Ya por puerta Elvira
la plebe de activos obreros, no mira
pasar los botines guerreros.... Activos
caudillos, de polvo, de sangre bañados,
que arrastran cadenas de tristes cautivos
por largas hileras de picas guardados;
ni ve los camellos de las caravanas
que vienen cargados
con oro y perfumes de tierras lejanas;
ni entre la arboleda que ensombra el camino
contempla un relámpago de armas que se aleja;
ni de las antorchas a la luz bermeja
levanta palacios dignos de Aladino!....
¡Ya el Darro no copia sobre sus cristales
ojos negros entre nubes de almaizales,
ni a beber sus aguas inclinan los cuellos
mojando las crines, ágiles corceles,
mientras de la luna los blancos destellos
riman con la albura de los alquiceles!
¡Ya el Genil no riega
las huertas floridas
que pueblan la vega,
ni en sus frescas aguas lavan sus heridas
soldados que tornan de alguna algarada!
¡Su corriente gimé como avergonzada:
una pena eterna suspira en su canto,
cual si en vez de aguas arrastrasen llanto....
La Alhambra está sola. Entre la floresta
ya no queda un eco de la antigua fiesta.
Bajo los encajes de los ajimeces
La voz de la guzla no solloza amores
mientras entre aromas y entre ruiseñores
da la luna al mármol áureas palideces.
Ni en las alcatifas de sus patios mudos
tejen odaliscas con los pies desnudos
todas las lascivas danzas del Oriente
entre los perfumes de los pebeteros;

ni por su mosaicos resbalar se siente
la espada de oro de altivos guerreros....
!Granada! ¡Granada!.... ¡Tu Alhambra está en ruinas!
Llorando hasta el Africa van las golondrinas
a dar a tus hijos el triste mensaje,
y tus nobles hijos lloran de coraje,
ensillan los potros, empuñan la espada
y aullando de rabia se van hacia el mar,
y al ver los perfiles de Sierra Nevada
se postran de hinojos y gimen: ¡Granada!....

Una Oda de Horacio

Por Carlos Vicuña

No me extraña, señores, que las generaciones modernas no adoren la gracia risueña, florecida de rosas, perfumada de vino, del poeta maravilloso que escribió la oda a Leuconoe: “¡Oh Leuconoe! no trates de violar la ley sagrada averiguando qué fin los dioses señalaron a tus días o a los míos, ni pongas a prueba los números babilónicos. ¡Cuánto mejor es someterse a todo lo que pueda suceder, sea sea que Júpiter nos haya se-



ñalado inviernos numerosos, y nos haya concedido como el último de nuestra vida éste que ahora revienta al mar Tirreno contra las rocas que lo encierran! Sé sabia; filtra tus vinos, y aparta del breve minuto de tu vida toda eterna esperanza. Mientras hablamos

el tiempo celoso se va. Aprovecha el día fugitivo y no creas demasiado en el mañana.”

No me extraña, dije, porque la fiebre de la vida no nos permite siquiera conocerlo. Y cómo podremos amar lo que no conocemos? En virtud de qué adivinanza misteriosa podría presentir nuestro corazón rebelde y tormentoso la fuente infinita y cristalina de harmonías y de dulzuras que encierran sus versos ignotos?

El conocimiento es el principio del amor y el amor es la fuente de mayor conocimiento. Por eso la culpa reside en nosotros, en quienes tenemos la suerte de haber paladeado la miel sagrada que las doradas abejas de Tibur sacaron de los rosales florecidos del vergel de Horacio, y que no hemos sabido cumplir con el deber humano de enseñar a gustarlo a estas generaciones sublevadas que están empujando a la luz del mundo los versos rudos de una nueva edad de piedra.

Culpa nuestra también, porque la obra y la vida de Horacio están al alcance de todos, la obra en traducciones francesas admirables, y la vida en sus libros, pues aunque Suetonio se hubiese callado las breves noticias que nos da, de los propios versos del poeta salen dispersos los datos principales de su vida.

Se llamaba Quinto Horacio Flaco y había nacido bajo el consulado de Aurelio Cotta y de Manlio Torcuato el año 689 de Roma, en Venusa, en los confines de la Apulia y la Lucania, en donde retumba el Aufido impetuoso, que hoy llaman los italianos el Ofanto. El mismo alude a su infancia en la oda a Calíope, la musa de la harmonía melodiosa:

“Desciende del cielo, oh reina de las musas, oh Calíope. Haz oír al compás de la flauta un canto prolongado, o, si lo prefieres, haz que tu voz sonora se eleve a los acordes de la lira de Apolo... En las faldas del Vultur, que se extiende más allá de la Apulia, mi tierra natal, un día de mi infancia, cansado de jugar, me quedé dormido, y mil palomas misteriosas vinieron a cubrirme de ramas verdes. El

prodigio admiró a cuantos habitaban en el nido escarpado de Aquerontia, en los bosques de Bantia y en los fértiles valles de Forente: sólo los dioses podían dar a ese niño la seguridad necesaria para dormir en medio de los osos y las víboras, sin más abrigo que esas ramas sagradas de mirto y de laurel.”

Hijo era de un simple liberto, recaudador fiscal, que a fuerza de trabajo llegó a tener una mediana fortuna, que gastaba lleno de alegría en educar a ese hijo, cuyo genio su amor de padre supo presentir.

“Si pocos defectos, pequeños y leves,—dice en la Sátira VI del Libro I,—ensombrecen mi carácter, que siempre fue bueno... si nadie puede con razón ponerme tacha de avaricia, de vicios vergonzosos o indigna torpeza; si haciendo libremente mi propio elogio puedo decir que es mi vida pura e inocente y cara a mis amigos, todo ello se debe a mi padre, quien, pobre como era, dueño a penas de un terreno escaso, no quiso sin embargo mandarme a la escuela de Flavio, a donde iban por algún dinero pagado en los idus del mes, con su saco de apuntes y sus tabletas bajo el brazo, los hijos de los nobles centuriones, y me llevó hasta Roma misma para que allí aprendiese cuanto todo caballero o senador quisiera que enseñase a su propio hijo. Mi padre mismo me acompañaba a casa de todos mis maestros... y supo preservar en mí el pudor delicado, flor de la virtud.”

En otra parte recuerda que aprendió en Roma cuánto dañó a los griegos la cólera de Aquiles, y cuenta luego cómo aprendió en Atenas a distinguir lo justo de lo injusto y a buscar la verdad, bajo la sombra sagrada de los jardines de Academo.

De ese ensueño dichoso, de ese comercio divino con Platón y Epicuro, con Píndaro y Homero, con Sófocles y Esquilo, lo arrancó, mozo aún, a los 21 años, la voráginé de la guerra civil junto con sus amigos, el hijo de Cicerón, Corvino Mesala, Cornelio Galo, y tantos otros.